

TESTIMONIO

EL PACTO ATLANTICO

Emmanuel Mounier*

El pacto atlántico está firmado. La suerte no está echada.

¿De qué suerte se trata? De los bombardeos atómicos: Quizás esto no sea puro periodismo. Se trata del futuro de Europa y del desenlace de la gran partida comenzada en 1914, al final de la cual sabremos cómo hemos decidido vivir en los próximos siglos los habitantes de nuestra tierra, unidos por primera vez en un destino común. Esto merece que seamos exigentes en el detalle y que miremos con lupa el menor compromiso que se toma en nuestro nombre: Análisis político. Esto merece también que tomemos las mediadas *reales* de estos compromisos o de sus combinaciones y que preguntemos si el único medio de salir de su círculo infernal no es el de revisar las reglas mismas del juego.

Ni un paso ni el otro son cómodos. Si queremos tomar perspectiva, las realidades nos aprietan y nos muestran las fábricas americanas de aviación dispuestas a alcanzar este verano su producción máxima de 1945 y a los laboratorios rusos apresurándose por la bomba atómica. Esos hombres que desde todas partes mueven contra la brecha de la guerra enormes Congresos improvisados nos convocan con urgencia. Si queremos permanecer con ellos a ras de los acontecimientos y de la opinión caemos en plena batalla.

(*) Escrito con la colaboración política de Paul Fraisse y Jean Marie Doménach.

Ya no hay una conciencia nacional unánime como en 1870 o en 1914 (esta unanimidad estuvo trucada). Una parte considerable de nuestro país está dispuesto a aceptar la soberanía feudal americana para defenderse de la U.R.S.S. y otra parte no menos importante está dispuesta a aceptar la soberanía feudal rusa para defenderse de América. Entre las dos se extiende una zona de fronteras inciertas y de corazón indeciso, formada por independientes, indiferentes o desesperados, un maquis de reacciones sanas, de ideas justas, de riquezas privadas y de utopías, cobardías y confusiones sin salida evidente en el plano histórico. Tal es la situación que tenemos que aclarar, en la que tenemos que situarnos o que tenemos que superar sin desertar de las tareas que se presentan al día.

Comencemos por ver el juego tal como se nos propone.

Como se sabe, el origen de los dos bloques se remonta a Yalta y a los acuerdos explícitos e implícitos entre Roosevelt y Stalin. Para facilitar la lucha común contra el fascismo alemán y japonés, en la euforia del esfuerzo común, los dos países habían creído que les sería posible entenderse después de la guerra y dejar por mentiroso a Hitler cuando anunciaba que la segunda guerra mundial no sería sino el prólogo de una tercera en la que se enfrentarían el comunismo y las democracias anglosajonas. Su entendimiento estaba basado en una distribución territorial del globo y ya había sido considerada la línea del Elba como límite aproximado de las ocupaciones rusa y americana en Alemania. Se pensaba que a esta división territorial debían corresponder formas de organización política y económica diferentes, pero se postulaba que los intercambios entre los bloques serían posibles, pudiendo ser consideradas como complementarias las necesidades económicas de estas dos regiones.

Al terminar las exigencias de la coalición, los dos "grandes" tropezaron con el problema que debían resolver en común, el problema de Alemania. El choque tenía que ser violento, pues cada uno de los dos socios deseaba modelar la nueva Alemania a su imagen e integrarla en su zona de influencia. La ruptura se produjo en la Conferencia de Moscú, en marzo de 1947. Desde este momento las estrategias de los dos bloques estaban claras. Pero para comprenderlas hay que resistir a la tentación del lenguaje y de la simetría, que tiende a imponernos una representación idéntica de una y otra y a identificar a las dos con viejas combinaciones de los nacionalismos europeos. Ahora bien, si los efectos son a veces los mismos y si las diferencias apenas cuentan para los pueblos que sean inundados de

bombas, los estilos son diferentes entre sí y diferentes de los antiguos conflictos nacionales. Cada bloque persigue su expansión y no tiene por ello la sensación de ser "imperialista". Este malentendido es una de las principales causas del pánico que cada uno experimenta ante el otro y de la buena conciencia en que cada uno se embrolla a sí mismo.

Rusia, o mejor el régimen comunista establecido en Rusia desde 1917, no ha ocultado jamás que constituía sólo la primera realización del comunismo internacional, llamado a extenderse poco a poco por el mundo entero. Según la óptica marxista esta extensión debería hacerse naturalmente por la acción de los partidos comunistas aprovechándose en cada nación de las contradicciones internas del capitalismo para asegurar la victoria del proletariado. Pero poco a poco Rusia ha ido siendo considerada no sólo como el primer país que ha hecho su revolución, sino también como garantía de las demás revoluciones posibles, dado el poder de sus realizaciones y de sus armas. Este hecho le ha llevado a subordinarse cada vez más a las actividades de los partidos comunistas no rusos. Esta fue la acción de la Tercera Internacional (komintern) en el período que se extiende entre las dos guerras. Después de la segunda guerra mundial la U.R.S.S. aprovechó sus victorias militares para crearse una zona de influencia territorial, la explanada oriental, que ha intentado extender lo más posible hacia el Oeste. En esos países se ha apoyado una revolución de tipo mixto, aunque paracomunista, en pequeñas minorías llevadas al poder por el ocupante militar.

Más allá del telón de acero los partidos comunistas modelaron su táctica interior sobre la política general de la U.R.S.S. En esta perspectiva, algunos meses después del fracaso de las negociaciones de Moscú, el partido comunista ruso invitaba a los demás partidos comunistas a coordinar su actividad en el Kominform, que no toleraría en adelante ninguna desviación de la línea rusa en la táctica (*cf.* asunto Títo y sus consecuencias en los diferentes partidos comunistas nacionales). Estas progresivas extensiones del comunismo y, a través suyo, del régimen y de la influencia rusa han inducido a los gobiernos occidentales y a América a considerarlas como formas de agresión, tanto más cuanto que esta expansión política e ideológica podría apoyarse un día en una fuerza militar indiscutible: El Ejército Rojo. Ciertamente todos los comunistas se niegan a admitir que el ejército rojo pueda llegar a convertirse un día en un agresor, en el sentido militar del término. Pero apoyados en la experiencia pasada y en particular en el asunto de Finlandia los no comunistas no aceptan este artículo de fé sin

discusión. Por otra parte, no juguemos con las palabras. Los comunistas occidentales, aunque en conjunto no la deseen indudablemente, estarían psicológicamente dispuestos a considerar que una acción militar preventiva de Rusia para desbaratar una agresión americana o para proteger a un partido comunista nacional en dificultades no consituiría una agresión. Desgraciadamente, en estas situaciones y en estos vocabularios complicados nos quedan algunas certezas simples: Cuando las divisiones se ponen en marcha llevan consigo la guerra aunque quieran establecer la paz.

Enfrente, el expansionismo americano es de un tipo totalmente distinto. América no sueña con conquistas territoriales propiamente dichas. Incluso se acomoda en gran medida a los sistemas políticos diferentes del suyo. Pero pone por encima de todo la posibilidad de desarrollar su propio potencial económico y de aumentar así su nivel de vida con el desarrollo de su comercio exterior. A decir verdad, ya no se contenta con el respeto al dogma librecambista, el desfase que se ha producido entre sus posibilidades de producción y las posibilidades de pago de sus clientes es tal, que considera su propio desarrollo mediante la posibilidad de aumentar no sólo el potencial económico de sus clientes (Plan Marshall), sino mediante la posibilidad de invertir sus capitales en todos los países capaces de ser equipados e industrializados (Plan Truman, llamado "fair deal"). Esta manera de proyectar su futuro implica que se garantiza la posibilidad de intervenir económicamente en la zona más amplia posible del mundo y correlativamente de asegurar "la seguridad" de estas regiones contra un sistema comunista que amenaza con despojarla un día y hacerle perder los mercados esenciales por la colectivización de los medios de producción.

El llamado bloqueo de Berlín ilustra bien la diferencia de los objetivos y de los medios empleados por los dos bloques. Rusia no tenía empeño en conservar un enclave que escapaba de su influencia en su propia zona. Los americanos intentaron por su parte contrarrestar la influencia rusa creando una nueva moneda en lugar del antiguo marco desvalorizado. A esta invasión *financiera* los rusos replicaron con el bloqueo *militar* de los sectores de las potencias occidentales en Berlín aislándose en su propia zona. Desde la misma perspectiva es posible explicar a un tiempo el origen del Plan Marshall y la reacción de Rusia a este mismo plan. América deseaba, sinceramente sin duda, la extensión del Plan Marshall a los Estados de Europa Oriental, a través de él esperaba influir en la vida económica e indirectamente política de estos Estados. Pero Rusia, comprendiendo perfectamente este peligro, fue inducida a estrechar, por el contrario, su unidad econó-

mica y política y, en un primer momento, a impedir que Checoslovaquia cediera a la tentación occidental para forzarla en un segundo momento a un alineamiento más completo.

De etapa en etapa los dos bloques son así inducidos a buscar la extensión y la consolidación de su "zona de seguridad" para protegerse. El Pacto Atlántico es el complemento lógico del Plan Marshall: Lo habíamos anunciado al examinar hace un año las fatalidades del plan en caso de que predominara en él la inspiración estratégica. Pero estas medidas de "seguridad" —es una vieja historia, siempre olvidada— han creado en los dos países una verdadera psicosis de inseguridad, que se manifiesta cada vez más en la creencia de una guerra posible e incluso necesaria al decir de algunos. Tal es la peligrosa situación a la que hemos llegado. Estos dos mundos separados por la geografía, la doctrina e incluso el lenguaje se acusan recíprocamente de ser el agresor sin dar el mismo sentido a esta palabra. Unos ven en la expansión económica una amenaza contra su propio sistema, y los otros consideran el apoyo dado a los regímenes y a los partidos comunistas de los diferentes países como una agresión dirigida contra la independencia política de las naciones "democráticas" y su comunidad ideológica y económica, cada uno se organiza para oponerse a la expansión del otro. Ninguno quiere la guerra, pero cada uno se precipita a la guerra por tener miedo de ella. Además es seguro que no la hacen de la misma manera.

La U.R.S.S. tiene miedo de la guerra. Tiene una vieja experiencia en este dominio. Se acuerda de que al día siguiente de la primera guerra mundial los aliados intentaron reducir las conquistas de ella. Todavía está profundamente dañada por la invasión hitleriana, lo que excluye la hipótesis de que tenga ningún interés por desencadenar un nuevo conflicto antes de unos años. Y no le faltan razones serias para temer una tercera invasión. Como ha demostrado la evicción de Varga p. 218, la U.R.S.S. cree o ha creído estos últimos meses que se aproximaba una crisis económica en América (es el postulado discutible) y si esta crisis se produce espera la reacción clásica del capitalismo, la huida hacia una nueva guerra. El pasado da a estos razonamientos una cierta fuerza de probabilidad. Pero no hay que olvidar que descansan en análisis hechos en una situación concreta y que empiezan a ser abstractos desde el momento en que la historia gira y presenta otros datos. La rigidez lógica propia de la concepción comunista del mundo no es la amenaza más pequeña que corre la paz. El asunto no es saber si los rusos o los americanos *quieren* la guerra. Pocos gobernantes

tes se atreverían a preferir la guerra moderna por encima de medios menos onerosos para perseguir sus fines. El asunto es saber si tal política, aunque sea contra su voluntad, *lleva* a la guerra. Es absolutamente probable que nadie quiere *hoy* la guerra en la U.R.S.S. A los ojos de ésta son las potencias occidentales las que han tomado la iniciativa en la agresión frente a ella —ejércitos blancos, Alemania hitleriana, política americana de cerco—. Sea lo que fuere, lo que se le puede reprochar a una revolución socialista es no haber sabido desengancharse del juego clásico de la guerra, intriga diplomática, conferencias, paz armada, alianzas territoriales, etc. y, una vez metida en el juego, haber hecho avanzar la partida infernal allí donde el genio revolucionario debería haber volcado la mesa de juego con un revés de la mano. Responsabilidad negativa, si se quiere, pero responsabilidad cuyo peso se hace sentir cada día con más fuerza.

También América tiene miedo a la guerra aunque no haya conocido nunca las invasiones. Es de temer que sólo sienta miedo de ella en sus cálculos de poder y no en su carne por no haber vivido la experiencia dolorosa de los pueblos de Europa. Sabe, no obstante, que su continente no está ya a salvo de represalias fulminantes, atómicas o de otro tipo. Tiene miedo de su propio invento y siente la tentación de quitarse el miedo utilizando su avance en el dominio atómico cuando aún está a tiempo. Abstengámonos de idealizar a América y recordemos que, según el juicio de Nuremberg, Hiroshima fue también un crimen de guerra. Para ocultar, sin duda, el tormento que le quema por este crimen, grita tan fuerte en su prensa la confianza que pone en él y la amenaza de repetirlo. El chantaje atómico alcanza un frenesí temible desde hace unos meses. Con los sabios de U.S.A. unánimes, hay que decir de nuevo que la negativa a renunciar al secreto de la bomba, telon atomico que preludia el telón de acero, habrá sido una de las principales causas de la ruptura de dos mundos. No hay que olvidar tampoco que si por un lado reina en el Estado un sistema de funcionarios políticos redoblado con una policía de partido, por el otro está el Estado enormemente ocupado por un sistema de intereses económicos que no son ni más humanos, ni más liberales, ni más cristianos que una ortodoxia revolucionaria. En la pasión por el dinero, en el furor de poder que aporta, y en la sensación del interés amenazado, hay una fuerza de guerra que pocas otras pasiones igualan en aspereza. En una palabra, ningún país del mundo, cualquiera que sea su régimen, podría dejar de alarmarse por una política de cerco tan continua y sistemática como la que los Estados Unidos persiguen desde hace dos años en torno a la U.R.S.S.

Este es el cuadro de miedos. Los temores soviéticos han conducido a

ocupar y extender su cinturón defensivo. Los temores americanos, unidos al temor de los países de Occidente a ser víctimas de una ocupación soviética, han dado origen al Pacto Atlántico. El temor al Pacto Atlántico... Se puede continuar hasta que todo explote.

El espíritu y la letra de este pacto consagran nuestra integración más completa en la zona de influencia americana y nos alinea sin discusión ninguna en uno de los dos bloques. Se trata de una renuncia total a la política que había intentado hacer Francia después de la Liberación: Ser un árbitro, un terreno de conciliación y una zona intermedia inserta como una cuña entre los dos bloques. El pacto señala así el fin de lo que hubiera podido ser y no ha sido una gran política francesa.

Se llama "defensivo". Pero en la medida en que comporta una alianza militar supone por su sola firma una maniobra intimidatoria dirigida contra la U.R.S.S. Ahora bien, las maniobras de intimidación se sitúan en una perspectiva de guerra aunque se digan al servicio de la paz. La historia puede dar abundantes pruebas de que, al comprometerse en alianzas militares "pacíficas", los pueblos han atraído sobre sí las mismas catástrofes "defensivas" con regularidad y de que no han vivido nunca en una inseguridad tan grande como desde que generales y diplomáticos se preocupan tan ferozmente por su "seguridad". Entre sus concreciones el pacto comporta, por lo demás, una organización militar propiamente dicha, destinada a impedir cualquier avance del comunismo más allá del Elba e incluso quizás está en la mente de los organizadores el hacerlo retroceder hasta las fronteras históricas de Rusia. En esta perspectiva debemos pensar sus consecuencias desde el punto de vista de la paz y la guerra y de nuestro propio futuro nacional.

Es un hecho que a muchos franceses, obsesionados desde 1918 con las garantías jurídicas, les parece un pacto de paz y no un pacto de guerra. Hay que partir de esta hipótesis y preguntarnos lo que hay en sus cláusulas y en su espíritu de esa "seguridad" que pretende asegurar.

Para que fuera efectivo debería garantizarnos en caso de conflicto, en el que el ruso sería por hipótesis el invasor, una ocupación americana automática, inmedita y duradera, es decir, llevar la frontera militar eficaz desde América hasta el Elba. Ahora bien, al menos por el momento no parece que América tenga intención de aumentar enormemente sus efectivos militares en Europa propiamente dicha. Demasiado preocupados por su capital material y humano, los americanos prefieren equipar a los países occi-

dentales en un modo menor, como en otro tiempo equipábamos a Portugal o a Rumanía, con armamentos rechazados, y reservar lo mejor de su armamento para intervenciones que partirían de sus propias bases gracias a la aviación. Si se quiere, América es la Inglaterra del siglo XX. Proyecta la alianza atlántica como una división del trabajo militar. Francia está llamada a ser en particular la infantería y la artillería del ejército atlántico, lo que implica quizás un ejército fuerte, pero un ejército que seguirá siendo menor a escala mundial. Correlativamente seremos inducidos a desarrollar una industria pesada orientada de forma muy precisa hacia estos tipos de armamento, es decir, en concreto, que no nos dejarán desarrollar nuestra industria aeronáutica y nuestras investigaciones atómicas.

De este modo el Pacto Atlántico no nos aporta ninguna garantía seria y no compromete a América a más disposición que la que hubieran dictado de forma automática su interés en caso de agresión. Como ha mostrado Gilson en resonantes artículos de *Le Monde*, la mentalidad de protección y de seguridad ha sido engañada una vez más.

Si el Pacto fuera sólo inofensivo, no sería lo peor. Pero su inutilidad está erizada de peligros.

En primer lugar y como efecto inmediato, la estrategia americana conduce a América a aumentar rápidamente el potencial industrial de Alemania en vez de preocuparse antes por su democratización, como habría sido de esperar después de doce años de nazismo. Y los alemanes parecen cada vez más decididos a utilizar esta protección inesperada para volverse a levantar a toda velocidad, sin que estemos seguros del aspecto que tomará mañana la nueva Alemania, dada a la luz una vez más en la caverna de Vulcano.

Por parte nuestra, la adhesión al pacto implica según el artículo 3 que desarrollaremos nuestra "capacidad individual y colectiva de resistencia a un ataque armado". En un país cuyas posibilidades de producción son ya insuficientes para satisfacer las necesidades vitales de la población este compromiso implica que sacrificamos aún más que ayer nuestras posibilidades de equipamiento y de producción al desarrollo de la industria de guerra. No se puede seguir de ello más que una baja del poder adquisitivo de los franceses, escaseando y encareciéndose los productos necesarios; el esfuerzo de rearme exigirá, por otro lado, el aumento de la fiscalidad. Mediante esta política y en contra de sus intenciones América no hará sino

aumentar las fuerzas del Partido Comunista, que están estrechamente unidas a la miseria y a la proletarización de los trabajadores. De forma más lejana nuestra integración en la zona de influencia americana compromete gravemente el desarrollo de nuestro país en una perspectiva socialista. Pero, en verdad, lo peor no se ha dicho. Antes de la publicación del tratado se hablaba de textos tales, que una huelga de cierta importancia en un país firmante habría podido ser considerada por los otros firmantes como un motivo de intervención. Esta Santa Alianza capitalista no ha sido firmada. Pero si los firmantes se comprometen a “esforzarse por eliminar toda oposición en su política económica internacional y a estimular la colaboración económica entre cada uno de ellos o entre todos”, el espíritu con que serán considerados los conflictos de trabajo deja pocas dudas, al menos el espíritu con el pacto implica que sean considerados. Y aquí no está en juego el comunismo solamente, sino todo el destino del movimiento obrero europeo, de un orden económico racional y de una justicia social, cosas que esperamos desde hace cien años. El sueño de Leahy, un Vichy bendecido y protegido por los americanos, ¿sería institucionalizado por los que nos han librado de Vichy?

El pacto lleva así en sus flancos las más siniestras ilusiones de la paz armada y un mecanismo internacional de freno social. Sin protegernos realmente contra la guerra, nos compromete en una política que agrava el antagonismo entre los dos bloques; por sus consecuencias sociales y políticas en nuestro país no tiene por menos que obstaculizar su construcción y paralizar toda política progresista. Quizás tenga un sentido en el propósito de preparar y ganar una guerra. Pero *nuestro fin y nuestro interés como franceses y europeos no es el de ganar la guerra, sino el de impedirla*. Por eso nuestra oposición al Pacto es total.

Nuestra oposición al pacto, sin embargo, no significa que hagamos nuestras las perspectivas rusas sobre nuestro país tal como las desarrolla el Partido Comunista. En la división del mundo en dos bloques las comunidades están indiscutiblemente en el bloque ruso y las declaraciones de Thorez no han hecho más que sacar a la luz del día una posición lógica conocida desde hace mucho tiempo. Pero los comunistas son una fuerza económica importante en Europa más que una fuerza de opinión (lo que más cuenta, no lo olvidemos, a los ojos de los americanos). En la medida en que se declaran solidarios con el bloque ruso intervienen poderosamente en el juego de intimidación recíproca, que precipita la guerra incluso contra las intenciones de los que quieren evitarla.

Ciertamente se nos preguntará si es posible en la tensión actual elegir otra actitud que alinearse en uno de los dos bloques, es decir, desear de hecho la victoria de uno sobre el otro. Indudablemente estaríamos obligados a elegir si nos encontráramos desde ahora en guerra. Pero nos negamos a colocarnos desde ahora en la situación del conflicto pues *decidir nuestra conducta desde hoy según la situación del conflicto es ya crear esta situación y acelerar las fatalidades indecisas.*

Es evidente que los comunistas no quieren la guerra e incluso le tienen pánico. Si producen a algunos la impresión contraria es porque buscan crear desde ahora las condiciones de la victoria de un bloque, aunque invocando la paz. Nuestra perspectiva es diferente. Pensamos que, a pesar de los gestos de intimidación y de los proyectos de la estrategia mundial, quedan posibilidades de paz mientras no sea efectiva la guerra. Y son por estas posibilidades de paz por las que debe apostar Francia.

¿Por qué concedemos tanta importancia a la paz? ¿No luchamos en el momento de Munich contra la paz a cualquier precio? En este punto nos enfrentamos con los que piensan que la salvación del hombre frente a un régimen inhumano —comunista para unos y capitalista para otros— merece el combate o lo exige. Nada tenemos que decir en principio. La tesis puede servirle a los dos campos: Está en el principio de las cruzadas nacionales y religiosas y está en diez textos de Lenin. Pero nadie pelea con principios. Y todos los razonamientos de principio deben tener en cuenta en 1951 este hecho: La guerra nueva, que los cruzados no han conocido y de la que Lenin no vio más que un modesto ensayo. La guerra moderna no equivale ya a una guerra de emulación, sino a una doble guerra de exterminio, una guerra necesariamente totalitaria. En un primer sentido, por el poder de sus nuevas armas. En un segundo sentido porque, dado el embrollo de los problemas nacionales y de los problemas sociales, la guerra del siglo XX es una guerra ideológica que reemplaza la supresión del adversario por la exclusiva de los argumentos. Debería bastarnos como advertencia nuestra guerra del Viet-Nam, esa “pequeña operación colonial” que se instala como un cáncer.

La guerra moderna, es decir, la volatilización mediante la guerra de los fines de la guerra. No hay guerra en favor de la libertad porque al acabar la guerra totalitaria ya no hay libertades. No hay guerra a favor del socialismo porque al acabar la guerra totalitaria ya no hay socialismo. Y no solamente al acabar la guerra, sino que la preparación de la guerra es ya totalitaria. La inspiración primera de un régimen que ha entrado en los mecanis-

mos de la guerra técnica, necesariamente totalitaria, puede ser antitotalitaria, liberal aquí, socialista allá. Tarde o temprano, a ritmo rápido o a ritmo lento, debe ceder a la necesidad interna de su elección.

Demócratas comunistas hablan aún de la guerra con ideas de 1914. La imaginan todavía como un instrumento arriesgado, pero adaptado a un fin, a pesar de las advertencias más precisas. Ahora bien, la guerra totalitaria no tiene fin o, más bien, no tiene llegada. No sirve para nada ni a nadie. Es la absurdez misma. ¿Qué pontífice se levantará para gritar esta verdad, que está al alcance de un niño, a la cara de los que quieren defender la civilización cristiana con las mismas armas que la niegan? ¿Qué Lenin se levantará para revisar radicalmente la táctica revolucionaria a la luz de esta realidad que trastorna todo lo que ha podido ser pensado, experimentado y escrito antes de ella? ¿Qué profeta se levantará, para romper con un gesto el rumor animal de los periódicos, reconquistar las resignaciones, reventar las evidencias, zarandear las repeticiones y cercenar las fatalidades con su espada de fuego?

Abrir estas perspectivas no nos aparta de las tareas inmediatas.

Debemos negarnos a participar con cualquiera en una política de intimidación bajo un pretexto ofensivo o defensivo. Con nuestro rechazo a unirnos militarmente a América, podemos hacerle ver que la solución a la tensión internacional no puede encontrarse en la carrera de armamentos, sino que debe buscarse en un esfuerzo para hacer coexistir a los dos bloques esperando las maduraciones históricas y organizando entre sí los lazos económicos que sean posibles. Al mismo tiempo haremos ver a la U.R.S.S. que no estamos decididos a ser soldados de una cruzada criminal y ruinosa. Con una política social audaz podemos debilitar a la oposición comunista, que se refuerza con las victorias sucesivas del conservadurismo, y mostrar a América que hay otra solución a los problemas candentes planteados por el comunismo que la democracia burguesa y las guerras de exterminio.

¿Neutralidad entonces? Tenemos más de una razón para rechazar el término. En primer lugar, este término no tiene sentido más que con relación a una estructura de guerra que reconoce implícitamente y de la que el país neutro retira simplemente su juego; Ahora bien, se trata de impedir a cualquier precio y hasta el último momento que cristalice esta estructura. Prácticamente en las mismas necesidades de la guerra hay lugar para un país neutro, al que la historia ha designado con el nombre de Suiza, ya

que los beligerantes tienen necesidad de una central telefónica común. El ejemplo de Bélgica nos ha mostrado que para los demás es una ilusión la política de neutralización que no está apoyada por una fuerza militar poderosa, y si se forma esa fuerza ya no hay neutralidad. Hubiera podido ser pensable la neutralidad de una Europa occidental unida. Se acabó, Europa ha elegido o, más bien, sus gobernantes han elegido en lugar de ella. Los hombres que han firmado esta renuncia de la Europa actual a su función mediadora han adquirido ante su país una responsabilidad tan grave como los que firmaron el Pacto de Munich. Parecen ir a contrapié de Munich porque siguen una política de "echar el seguro" en lugar de una política de concesiones. Pero también aquí las sugerencias de la simetría son las más engañosas. Hitler tenía necesidad de explorar y de conquistar un área a escala de las empresas modernas, Stalin dispone de ellas. Hitler era un loco megalómano, la U.R.S.S. es realista y calculadora. Las democracias no tenían ningún proyecto expansionista; el imperialismo americano azota sobre el mundo. Francia estaba directamente apuntada por el hitlerianismo; su interés evidente es permanecer hoy fuera de cualquier conflicto. Ni por un lado ni por otro estamos ante fuerzas de guerra irresistibles. Más que atar a un loco, nuestra tarea es impedir que nadie se vuelva loco gritando al loco.

Por esto aún es tiempo de actuar y no basta con protestar y lamentarse. Mientras que pueda expresarse en Francia una opinión, debemos movilizarla para que este pacto imprudente se vaya al Quay d'Orsay, a los archivos durmientes de los tratados inaplicados. El tratado no comporta ningún automatismo; esa es su debilidad y nuestra fuerza. Según la letra, en caso de tensión cada país tomará las medidas que juzgue oportunas. No nos ata jurídicamente a una aventura de los militares americanos. Queda por desear que no concedamos a la política concreta de los próximos meses lo que su texto no ha codificado. El pacto, peligroso en principio, sólo será maléfico el día en que aumentemos nuestros créditos militares, en que orientemos nuestra industria hacia la guerra y en que aceptemos las directrices de los Estados atlánticos por encima de nuestra política nacional, y el día en que unas medidas de excepción contra los organizadores comunistas firmaran este alineamiento en el armamento moral y militar. Se puede ser tan anticomunista como se juzgue oportuno y hacer en el plano democrático una guerra encarnizada a la expansión de las ideas comunistas; no hay nada en ello que no se deduzca de la lucha de fuerza normal a través de la que se hace la historia de los hombres. Pero conservamos el derecho a pensar que más vale resolver los problemas del comunismo que prepararse para exterminar a los comunistas por no saber qué responder-

les. Conservamos el derecho a pensar que una guerra contra el dirigismo y la policía comunista, por su disciplina y por su ruína, nos dejará en un dirigismo y en las manos de una policía fatalmente más rigurosa aún.

Conservamos el derecho a pensarlo y a hacer lo posible para apartar el peligro con cualquiera que trabaje efectivamente por la paz en un campo o en otro. Contra cualquiera que agrave el peligro de la guerra en un campo o en otro, por desmaña o por fanatismo.

Somos los primeros en querer que esta acción por la paz sea lo más amplia posible.

Sería criminal renunciar a defender la paz con el pretexto de que los comunistas la defienden y de que se han apoderado de esta consigna para sus campañas. Pues los sofistas han adaptado ya la argumentación de Vichy: Los comunistas están contra el Pacto Atlántico; ahora bien, el Papa ha condenado el materialismo ateo; por tanto no podemos estar comprometidos en la misma acción que los comunistas, en consecuencia, estamos a favor del Pacto Atlántico. Pero también depende de los comunistas el que nosotros defendamos la paz eficazmente, unos al lado de los otros, en una perspectiva y con un estilo que pueden ser diferentes del suyo.

¿Sabrán anteponer su deseo de paz a la preocupación táctica de aprovechar todas las ocasiones para forjar la agrupación paracomunista que necesitan para asegurarse el poder? No deben monopolizar esta causa como han monopolizado otras. La paz nunca tendrá bastantes amigos. Por esto lamentamos que demasiadas llamadas, manifestaciones y congresos por la paz estén arrojados por nombres que, siendo a veces grandes, no por eso están menos señalados por una misma pertenencia política. Otros hombres y otros movimientos tenían allí un lugar y se les debería haber invitado. Ante la aniquilación que nos amenaza hay tácticas que son inoportunas.

Desde nuestro puesto nos corresponde despertar las imaginaciones y las energías. El movimiento por la paz, tan complejo y abigarrado como lo fue la Resistencia, debe llegar a ser coherente y poderoso como ella lo llegó a ser, incluso aunque tropiece, como la Resistencia en sus comienzos, con la estupidez criminal de la diversión anticomunista.

En verdad, se trata de otra cosa muy distinta. Ahora hay que denunciar sin descanso todo lo que lleva a la guerra, exigir la paz a los que se agrupan en nombre de la paz, y la libertad a los que se declaran dispuestos

a defender la libertad con las armas. Hay que arrancar a los impostores todas las razones de lo que sería su monstruoso y último logro: ¿Qué esperan para hablar las fuerzas espirituales, los agrupamientos de élites y todos los que defienden la cultura, la libertad y la familia con tanta pasión cuando están amenazadas por un reglamento de administración pero se callan cuando están amenazadas por la bomba atómica?, ¿Qué esperan las Iglesias?. Deberíamos ver surgir tantos pacifismos como amores, amistades, fervores y promesas de apostolado hay, allí donde hay una carne frágil, un alma que elevar o una comunidad que hacer vivir. Contra esta guerra ha llegado esta vez el tiempo de los insurrectos.

Mayo, 1949.

★

ACONTECIMIENTO quiere ser vehículo de inquietudes, espacio propositivo de formas nuevas para el acontecer de nuestra historia, conjugación de los términos necesarios a un proyecto personal y social a la medida del hombre.

Si compartes nuestra inspiración y empeño, colabora con nosotros difundiendo la revista entre aquellos que como tú y nosotros están en la misma búsqueda.

Dales a conocer estas páginas o ponles en contacto con nosotros.